

LORENA SANHUEZA RIQUELME

Comunidades Prehispanas de Chile Central
Organización social e ideología (0-1200 d.C.)



EDITORIAL UNIVERSITARIA

IMAGEN DE CHILE

COMUNIDADES PREHISPANAS DE CHILE CENTRAL

IMAGEN DE CHILE

301

S226c

Sanhueza Riquelme, María Lorena.

Comunidades Prehispanas de Chile Central.

Organización social e ideología (0-1200 d.c.)

/ Lorena Sanhueza Riquelme.

1ª ed. - Santiago de Chile: Universitaria, 2016.

227 p.: il., tabl.; 15,5 x 23 cm. - (Imagen de Chile)

Incluye índice de figuras y de tablas.

Incluye notas a pie de página.

Incluye anexos.

Referencias bibliográficas: p.179-202.

ISBN Impreso 978-956-11-2508-7

ISBN Digital 978-956-11-2862-0

1. Antropología. 2. Etnografía. 3. Arqueología.

4. Costumbres funerarias indígenas. 5. Sociología política.

I. t.

© 2016, LORENA SANHUEZA RIQUELME.
Inscripción N° 266.029, Santiago de Chile

Derechos de edición reservados para todos los países por

© EDITORIAL UNIVERSITARIA S.A.

Avda. Bernardo O'Higgins 1050, Santiago de Chile.

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de la portada,
puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por
procedimientos mecánicos, ópticos, químicos o
electrónicos, incluidas las fotocopias,
sin permiso escrito del editor.

Texto compuesto en tipografía *Times 10,5/ 14*

DIAGRAMACIÓN

Yenny Isla Rodríguez

DISEÑO DE PORTADA

Norma Díaz San Martín

Este proyecto cuenta con el financiamiento del

Fondo Juvenal Hernández Jaque 2014
de la Universidad de Chile.

www.universitaria.cl

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

Lorena Sanhueza Riquelme

*Comunidades Prehispanas de
Chile Central
Organización social e ideología
(0-1200 d.C.)*



FONDO JUVENAL HERNÁNDEZ JACQUE

La publicación de esta obra fue evaluada
por el Comité Editorial del Fondo Juvenal Hernández
y revisada por pares evaluadores especialistas en la materia,
propuestos por Consejeros Editoriales de las distintas disciplinas.



EDITORIAL UNIVERSITARIA

ÍNDICE

Agradecimientos

Capítulo 1

Introducción

1.1. Presentación

1.2. Lollole y Bato: historia de la construcción de una diferencia

1.3. Marco geográfico ambiental

Capítulo 2

Sociedades no jerárquicas: Antropología, Etnografía y Arqueología

2.1. Modelos y conceptos

2.2. Sociedades no jerárquicas: referentes para la arqueología desde antropología

2.3. El aporte de la etnografía: lectura “arqueológica” de ías etnográficas

2.4. Las sociedades no jerárquicas desde la arqueología

Capítulo 3

Niveles de Integración Social: espacio y cultura material

3.1. El asentamiento

3.2. Espacio y cultura material

3.3. Discusión

Capítulo 4

El ámbito de la funebria Bato y Lollole

- 4.1. Perspectivas para el estudio de la funebria en arqueología
- 4.2. El estudio de la funebria de los grupos Bato y Lollole
- 4.3. Funebria Lollole
- 4.4. La funebria en contexto: mujeres, niños y la comunidad.
- 4.5. Funebria Bato
- 4.6. La funebria en contexto: el individuo y la comunidad. El caso Bato
- 4.7. Conclusiones

Capítulo 5

Con el “otro” en el ámbito de lo cotidiano

- 5.1. Las características de la interacción
- 5.2. Los grupos sociales en un marco de interacción
- 5.3. Interacción Bato-Lollole

Capítulo 6

Conclusiones

- 6.1. Discusión
- 6.2. Conclusiones
- 6.3. Proyecciones

Referencias Bibliográficas

Anexo: Antecedentes de los sitios y contextos de funebria considerados

Índice de Figuras

Índice de Tablas

AGRADECIMIENTOS

Este libro es producto de mi tesis Doctoral realizada en el marco del Programa de Doctorado en Antropología de la Universidad de Tarapacá - Universidad Católica del Norte. Como tal, estoy en deuda con mis profesores guías Guillaume Boccara en el momento de elaboración del diseño, y luego Calogero Santoro, así como con mi profesor tutor Axel Nielsen, que me permitieron repensar ciertas ideas, precisar conceptos y ver los mismo datos con otros lentes.

En un plano institucional, esta tesis se enriqueció de sobremanera con la pasantía que tuve la oportunidad de realizar el año 2011 en la Universidad de Gotemburgo y en el Museo de las Culturas del Mundo, Gotemburgo, Suecia, que fuera posible gracias al Programa de Becas Cortas al Extranjero (UTA-MECESUP 2). Desde Suecia, Kristian Kristiansen y Adriana Muñoz generosamente estuvieron dispuestos a recibirme, permitiéndome acceder a una vastísima bibliografía y riquísima biblioteca sobre el área Amazónica. Por otra parte, el Departamento de Antropología de la Universidad de Chile, en las personas de sus directores Mauricio Uribe y Eugenio Aspillaga, así como los colegas del área de Arqueología, apoyaron decididamente la posibilidad de reordenar cargas académicas, así como la postulación a la Beca de Reemplazo a la Docencia por dos semestres del programa Bicentenario Juan Gómez Millas, que fueron fundamentales para poder terminar este escrito. De la misma manera, agradezco al Fondo Juvenal Hernández por la oportunidad de considerar su publicación, así como a los

dos evaluadores por su detallada lectura y comentarios siempre constructivos.

La realización de la investigación que se presenta no hubiera sido tampoco posible sin el aporte y apoyo de numerosas personas que de una u otra manera contribuyeron a su realización. Sebastián Avilés, Daniela Baudet, Marcela Becerra, Cristián Becker, Antonia Benavente, José Castelletti, Catalina Soto, compartieron generosamente conmigo sus datos/informes inéditos y permitieron enriquecer la base empírica de esta tesis. María Teresa Planella no solo me proporcionó bibliografía, sino que tuvo la paciencia de reunirse conmigo para contestar mis innumerables preguntas acerca de cultivos, horticultura, modos de procesamiento, etc. Boris Santander fue mi ventana de acceso a una bibliografía que a veces se hacía esquiva en Chile. Rolf Foester y José Isla dirigieron mi atención a la etnografía amazónica, sin la cual este trabajo sería menos. Isabel Cartajena, Andrés Troncoso y Flora Vilches apoyaron, resolvieron dudas, dieron ánimo, acompañaron.

Pero especialmente, quiero expresar mis agradecimientos a Fernanda Falabella por su apoyo incondicional e invaluable, a mi familia extendida por su cariño, y a Luis y Violeta, mi familia nuclear, por su sostén e infnita paciencia.

CAPÍTULO 1

Introducción

1.1. Presentación

El periodo Alfarero Temprano representa en Chile Central lo que en un marco Americano más amplio generalmente se reconoce como Formativo, momento de importantes procesos de cambios sociales, tecnológicos e ideológicos vinculados al establecimiento de modos de subsistencia asociados a la producción de alimentos y modos de vida más sedentarios. Acompañan a esto la aparición y/o consolidación de una serie de nuevas tecnologías: cerámica, tejidos, metalurgia y construcciones arquitectónicas (Steward 1949; Collier 1955; Willey y Phillips 1958).

En el marco de este proceso pan regional, del cual participan también las áreas vecinas -Norte Chico y Centro Sur- esta zona presenta, sin embargo, ciertas particularidades, sin todos los nuevos desarrollos tecnológicos y sin una vida aldeana propiamente tal. No existen evidencias de manejo de animales domésticos; las primeras cerámicas y cultígenos datan cerca del primer milenio antes de Cristo (Ramírez *et al.* 1991; Planella *et al.* 2005, 2011), aunque el uso generalizado de la cerámica no parece ocurrir antes del 300 a.C., transcurriendo al menos unos 1.000 años entre la aparición de las primeras plantas cultivadas (quínoa) y que algunos grupos empezaran a basar su subsistencia en productos hortícolas (Planella y Tagle 1998). La metalurgia en cobre nativo también está presente, pero más bien de manera ocasional en objetos como aros y brazaletes desde al menos el inicio del primer

milenio de nuestra era (Campbell y Latorre 2003). No tenemos evidencia directa de textiles ni de cestería por las posibilidades de conservación en el área. No obstante, la presencia de elementos interpretados como torteras (discos de cerámica con agujero al centro) y de una impronta de textil en material calcáreo (Baeza y Hermosilla 2001) sugieren su ocurrencia.

Tampoco tenemos presencia de arquitectura con materiales constructivos no perecederos, es decir, en piedra. Se presume que las habitaciones estaban construidas con materiales orgánicos (madera, ramas, barro) que no resisten mayormente el paso del tiempo. De esta manera los sitios habitacionales se manifiestan simplemente como grandes áreas de basura, que ocasionalmente se concentran en espacios más acotados (p.ej. sitios El Mercurio, La Granja), o en verdaderos “pozos” de hasta 70-80 cm de profundidad (p.ej. sitios Hospital, Chuchunco). En algunos pocos sitios se han encontrado agujeros de postes (p.ej. Los Panales) o rasgos producto de la “línea de goteo” del techo (p.ej. El Peuco), pero, en general, no se ha podido identificar muchos rasgos que refieran directamente a áreas domésticas, ya que los procesos posdeposicionales ligados a la agricultura intensiva de los últimos 500 años en la región han removido intensamente la mayor parte de los sitios.

A partir del patrón de asentamiento -disperso-, la funebria -directamente asociada a áreas de vivienda- y la característica y usos de la cerámica -manufacturas a nivel de hogar-, se ha planteado que la base de la organización sería la familia (probablemente extendida) y que los niveles de cohesión social de mayor relevancia para la vida cotidiana estarían dados a nivel de pequeñas comunidades, aunque existirían mecanismos sociales que les permiten ser parte de una agrupación mayor (Falabella y Planella 1988-89; Falabella y Stehberg 1989; Falabella 2000[1994];

Sanhueza *et al.* 2003; Sanhueza 2004; Falabella y Sanhueza 2005-06; Sanhueza *et al.* 2007; Sanhueza y Falabella 2007).

Por otra parte, el periodo Alfarero Temprano presenta en Chile Central ciertas características que lo hacen especialmente interesante y singular. La principal de ellas es la diversidad cultural en un área relativamente acotada, de no más de 200 x 200 km. En efecto, los trabajos arqueológicos llevados a cabo en esta área durante los últimos 40 años han permitido reconocer al menos dos complejos culturales diferenciados, junto a una serie de evidencias que sugieren que la diversidad es sin duda mayor (Falabella y Planella 1979; Falabella y Stehberg 1989; Sanhueza *et al.* 2003, 2010).

Los complejos Lollole y Bato se diferencian uno del otro por las características de su alfarería, de sus pipas, de sus adornos corporales, del uso de materias primas líticas, de su patrón de funebria y, muy significativamente, de su patrón de subsistencia. A partir de los conjuntos artefactuales y del estudio de isótopos estables en restos óseos humanos se ha podido observar que no todos los grupos tuvieron la misma dependencia de los productos cultivados en esta etapa (Sanhueza *et al.* 2003; Falabella *et al.* 2008). Estos no tendrían la misma importancia entre los grupos del Complejo Bato respecto a los del Complejo Lollole (Falabella *et al.* 2007), y en la cordillera habría subsistido un modo de vida cazador-recolector hasta entrada la época de la Colonia (Madrid 1977; Cornejo y Sanhueza 2003). Esta área presenta, así, una situación que de alguna manera desafía los presupuestos sobre el efecto “homogeneizador” de un modo de subsistencia basado en la producción de alimentos, planteado a nivel general (cf. Willey y Phillips 1958) e incluso a nivel del Área Andina (Lumbreras 1981:152).

Estas distintas unidades tienen una distribución espacial parcialmente diferenciada (Figura 1.1.a). En la costa el Complejo Bato tiene una distribución más septentrional,

asociada a la desembocadura del río Aconcagua, y Llolleo más meridional en relación con la desembocadura del río Maipo. En el interior se produce una mayor interdigitación; en la cuenca donde actualmente se ubica la ciudad de Santiago los sitios de los dos complejos se encuentran a escasa distancia entre sí, a lo largo de los mismos cursos de agua (Sanhueza *et al.* 2007; Cornejo *et al.* 2012), mientras que inmediatamente al sur, en la cuenca de Rancagua (con menos trabajo de prospección sistemática), también coexisten distintas expresiones culturales (Sanhueza *et al.* 2010). Numerosos fechados, principalmente por termoluminiscencia, muestran que si bien Bato presenta fechados anteriores y Llolleo posteriores, al menos entre el 200 y el 1000 d.C., son contemporáneos (Planella y Falabella 1987; Sanhueza *et al.* 2003, 2010; Falabella *et al.* 2015).

Las investigaciones de los últimos 40 años han permitido generar un cúmulo importante de información sobre Bato y Llolleo. A la fecha, existe una gran cantidad de datos acerca de la materialidad de estas sociedades, así como de su distribución temporal y espacial. Así mismo, los estudios de isótopos estables confirmaron lo que se había intuido acerca de la diferencia en los énfasis económicos de los distintos grupos (Planella y Falabella 1987; Sanhueza *et al.* 2003; Falabella *et al.* 2007). No obstante, existen pocos esfuerzos que integren estas evidencias para realizar una interpretación “antropológica” de estas sociedades, reconociendo que “los planos de la sociedad son interdependientes e interpenetrados” (Giobellina 2009:32); en definitiva, que integren lo que Mauss (2009) llamó un “hecho social total”:

Todo está mezclado, todo lo que constituye la vida social de las sociedades que precedieron a las nuestras, hasta las de la protohistoria. En esos fenómenos sociales “totales”, como proponemos llamarlos, se expresa a la vez y de un

golpe todo tipo de instituciones: religiosas, jurídicas y morales -que, al mismo tiempo, son políticas y familiares-; económicas -y estas suponen formas particulares de la producción y el consumo o, más bien, de la prestación y la distribución-; sin contar los fenómenos estéticos a los que conducen esos hechos y los fenómenos morfológicos que manifiestan tales instituciones. (Mauss 2009:70).

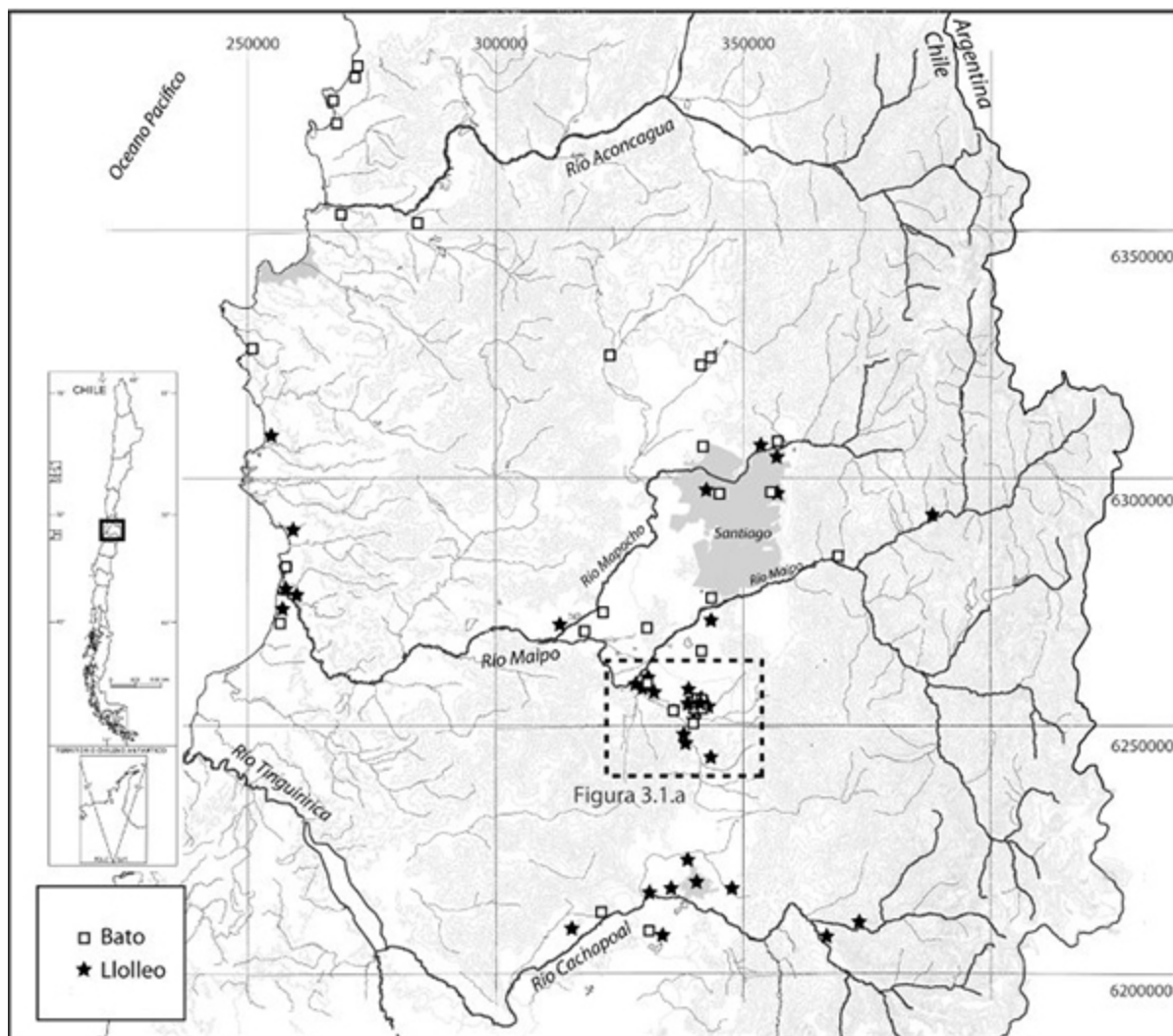


Figura 1.1.a. Área de estudio y distribución general de Llolleo y Bato (detalle de microrregión de Angostura en Figura 3.1.a).

Para la arqueología esto implica considerar que los distintos registros materiales (p.ej. materialidades y tecnología, patrón de asentamiento, patrones funerarios, patrones de

subsistencia) de una determinada sociedad forman parte integral y articulada de un todo al cual remiten, y en cuyo seno adquieren sentido. Concretamente, para nuestro caso implica considerar los distintos ejes de análisis, que la mayoría de las veces han sido discutidos por separado, ahora en conjunto, haciéndolos dialogar para así generar una interpretación de la sociedad que considere aspectos sociales, políticos, económicos e ideológicos como un fenómeno integrado. El particular panorama de diversidad cultural e interdigitación espacial en Chile Central exige, además, considerar en esta interpretación tanto la interacción potencial y posible como los procesos identitarios asociados. Este es el objetivo que nos hemos planteado para este trabajo, porque creemos que solo una aproximación de esta naturaleza permitirá generar una diferencia cualitativa en la forma como entendemos a estos grupos y al periodo Alfarero Temprano de Chile Central en general.

Para esto trazamos una ruta que utiliza fuertemente como soporte la información etnográfica, etnohistórica y etnoarqueológica, la que si bien no permite realizar analogías directas, al menos nos permite ampliar nuestros horizontes interpretativos. Junto a esto incorporamos elementos teóricos derivados de la antropología y la arqueología, generando una discusión en función del registro arqueológico con que contamos para el periodo Alfarero Temprano en Chile Central. Este es, entonces, un trabajo centrado en más de un aspecto de los grupos alfareros tempranos, aunque no necesariamente presenta datos nuevos respecto de ellos. Lo que es nuevo es una mirada integrada a datos ya existentes, bajo prismas teóricos nuevos y no tan nuevos, que nos permite construir una interpretación holística de estas sociedades.

La estructura de este libro contempla seis capítulos. El primero de ellos, del cual esta presentación forma parte, presenta los objetivos del trabajo, así como los

antecedentes de la investigación que la fundamentan (Capítulo 1.2). Para esto efectuamos una discusión de la historia de la investigación del periodo Alfarero Temprano en el área, poniendo de relieve los temas y problemas abordados, pero también los vacíos que esta ha dejado. Hemos incluido aquí una breve reseña del ámbito geográfico y medioambiental, necesario para comprender tanto las posibilidades del medio como las condiciones de conservación arqueológica del área (Capítulo 1.3.).

En un segundo capítulo construimos un marco de referencia para entender las sociedades “simples” o no jerárquicas en su dimensión de organización sociopolítica y los niveles de integración social. Creemos que una adecuada comprensión y discusión de este aspecto es fundamental porque constituye el marco en el cual se desenvuelven todos los demás aspectos de la sociedad (ideológico, productivo, tecnológico). Para esto revisamos la literatura teórica y etnográfica con el objeto de generar un marco interpretativo y discutir la evidencia disponible para Chile Central a la luz de estas nuevas posibilidades. En términos teóricos, nos remitimos a la discusión de los modelos clásicos sobre evolución social (cf. Fried 1967; Service 1971; Johnson y Earle 1987), complementándolo con otras visiones derivadas de ámbitos más materialistas (p.ej. Meillassoux 1977, Godelier 1978, 1979, Wolf 1987). En términos etnográficos revisamos monografías de grupos del ámbito amazónico, principalmente de aquellos que tienen un sistema de subsistencia y de organización social comparable al propuesto para los grupos del periodo Alfarero Temprano de Chile Central. A la vez, complementamos esta revisión con información del área Mapuche, que es más cercana histórico-cultural y espacialmente a nuestra área de estudio, considerando especialmente aquella recopilada en tiempos tempranos de la colonia. Por último, exponemos una propuesta de cómo

abordar el estudio de este tipo de problemáticas arqueológicamente en nuestra área de estudio particular.

Este es el prisma por medio del cual revisamos la evidencia disponible para el Alfarero Temprano de Chile Central en los capítulos 3, 4 y 5. El primero de ellos (Capítulo 3) aborda los niveles de integración social y política vistos a partir de las características de los asentamientos, su distribución en el espacio y la cultura material, particularmente la alfarería, siendo el que se relaciona de manera más directa con lo discutido en el Capítulo 2. Para esto consideramos y discutimos todas las evidencias disponibles para Chile Central, así como los trabajos previos al respecto, pero basamos gran parte de nuestro trabajo en los resultados obtenidos recientemente en la microrregión de Angostura en el marco del proyecto FONDECYT 1090200.

El segundo de ellos (Capítulo 4) es el ámbito de la funebria, donde, más allá de exponer las características formales de los enterratorios, realizamos una propuesta interpretativa en el marco de la organización sociopolítica propuesta y discutida en el anterior. Para esto trabajamos con toda la información disponible acerca de entierros del periodo Alfarero Temprano en Chile Central, tanto publicados como manuscritos disponibles en el Consejo de Monumentos Nacionales, lo que nos permitió contar con una base de datos numéricamente significativa.

El tercero (Capítulo 5) está referido a la situación de “convivencia” entre grupos diferentes, y específicamente con énfasis económicos distintos, donde queremos explorar, exponer y discutir las particularidades de esta situación, en este periodo y en esta región en específico. Para esto revisamos distintos casos reportados en la literatura etnográfica y arqueológica de distintas partes del mundo (América, Asia, Europa y África), de modo de lograr una mejor comprensión de cómo se viven estos procesos y las características que estos adoptan de acuerdo con las

circunstancias particulares, para luego realizar un análisis y una propuesta a partir de la evidencia disponible para Chile Central.

En el Capítulo 6 realizamos una discusión integrada de los tres ámbitos expuestos y discutidos independientemente en el capítulo anterior, y es, en definitiva, donde presentamos una visión integrada de las sociedades del periodo Alfarero Temprano de Chile Central.

Creemos que los aportes de este trabajo pueden ser no solo respecto a una discusión local, referida a Chile Central, sino a la discusión arqueológica en general relativa a este periodo en particular. Esto es especialmente válido para las áreas vecinas –Norte Chico y Centro-Sur–, donde los procesos contemporáneos tienen francas similitudes, pero también particularidades en relación con nuestra área de interés (Adán y Mera 2011; Troncoso y Pavlovic 2013). En particular, esperamos sea un aporte al estudio de situaciones de diversidad cultural en espacios “pequeños”, y eventualmente para pensar nuestra propia realidad actual, tan poco inclinada a tolerar la diversidad y la diferencia.

1.2. Lolleo y Bato: historia de la construcción de una diferencia

Las dos unidades culturales que aquí abordamos, Lolleo y Bato, pertenecen a lo que actualmente se denomina periodo Alfarero Temprano. En Chile Central, espacio comprendido entre los ríos Aconcagua y Cachapoal para nuestro caso (Figura 1.1.a), este periodo se caracteriza por una diversidad cultural, donde unidades culturales distintas ocupan el espacio de manera interdigitada, al menos durante 1.000 años (0-1.000 d.C.). En este capítulo revisaremos cómo fue definido este periodo, cómo fueron definidas las unidades culturales que lo componen y de qué

manera se fueron dotando de contenido, hasta llegar a la visión de diversidad cultural que manejamos hoy en día.

El principio

Si bien Oyarzún (1979[1910]) recorrió los conchales de la costa de la V Región a principios del siglo^{xx} y describió una serie de hallazgos de “cantaritos de greda” encontrados dentro “de ollas de greda de unos 60 cm de alto” que contenían esqueletos en la localidad de Llolleo, no es sino hasta mediados del siglo pasado, con el inicio de la arqueología sistemática de Chile Central, que estos hallazgos fueron considerados dentro de un marco histórico cultural.

En concordancia con el programa de investigación vigente en esa época, cuyo principal objetivo era la historia cultural, y con un fuerte impulso a partir de la creación del Centro de Estudios Antropológicos (1954) ligado a la Universidad de Chile y la Sociedad de Arqueología de Viña del Mar Dr. Francisco Fonck (1937), la arqueología realizada estuvo enfocada a la creación de las secuencias cronológicas y culturales de la región y las interpretaciones realizadas se basaron en teorías explicativas como la difusión de rasgos o atributos de la cultura material, y en conceptos como el de área nuclear y horizonte cultural. Los integrantes de estas instituciones realizaron las primeras prospecciones e intervenciones estratigráficas en sitios habitacionales del área costera (Gajardo Tobar 1958-59; Berdischewsky 1963, 1964a, 1964b; Silva 1964), y las primeras descripciones sistemáticas de materiales fragmentados recuperados de estos sitios (Schaedel *et al.* 1954-56; Bruggen y Krumm 1964).

Es así como se pasa de la arqueología de sitios particulares y la preocupación y descripción de objetos completos recuperados ya sea de cementerios o hallazgos

aislados, característica de la “etapa presistemática” (p.ej. Oyarzún 1979[1910], 1979[1912], 1979[1934]), a una arqueología de sitios habitacionales, donde se realizan excavaciones estratigráficas, que son sistematizados en una tipología de sitios, integrando la información para dar un panorama regional. El objetivo de estos trabajos fue definir complejos y secuencias culturales (Berdichewsky 1964a), y en definitiva construir una secuencia que sirviera de base al esqueleto cronológico para la zona (Silva 1964). Por otra parte, se observa un esfuerzo por sistematizar tipológicamente los materiales recuperados, definiendo tipos como “Cachagua gris punteada”, “Cachagua incisa” (Bruggen y Krumm 1964:6) o “Bellavista Naranja” (Núñez 1964), por dar solo algunos ejemplos.

Las secuencias propuestas se basaron en excavaciones estratigráficas y en la sistematización de la información de la región costera comprendida entre los ríos Petorca y Maipo, que permitieron ordenar los distintos complejos culturales (Berdichewsky 1963) secuencialmente en función de Horizontes y Tradiciones (Berdichewsky 1963, 1964a; Silva 1964). Este ordenamiento siguió los lineamientos clásicos de la aproximación histórico-cultural, teniendo como base la noción de evolución desde lo más simple o “primitivo” a lo más complejo y “elaborado”, de las poblaciones sin cerámica a las que la tienen, de las poblaciones con cerámica monocroma a las que producen cerámicas decoradas, e integró a estos desarrollos locales al panorama americano más amplio (p.ej. Formativo, periodo Inca).

De esta manera los sitios y ocupaciones con cerámica monocroma quedaron ubicados inmediatamente después del entonces denominado “Precerámico II” y antes del “horizonte caracterizado por la cerámica Negro sobre Salmón”, que por asociaciones y estratigrafía se situaría inmediatamente anterior a la influencia incaica (Berdichewsky 1963). Estaríamos así

...ante el hecho de la existencia de un complejo cultural caracterizado por una serie de rasgos propios que correspondería a la vez a un verdadero Horizonte que se habría extendido por la costa central y al parecer, también, por el interior de la zona central..., [que correspondería] si no exactamente al más antiguo, por lo menos a los primeros periodos agroalfareros. (Berdichewsky 1964b:84).

Para explicar la presencia de este primer periodo alfarero Berdichewsky (1964b) alude a la difusión cultural desde el Norte Chico o Norte Semi-Árido, específicamente de la cultura el Molle, postulando un Horizonte Molle o molloide, basado en la similitud de algunos rasgos de la alfarería, el tembetá y la pipa en forma de T invertida, puntualizando que “se nota igualmente que ha llegado a esta región ya con la mayoría de sus rasgos bien formados” (Berdichewsky 1964b: 84). De paso, se asumen también otras características culturales que acompañarían la generalización de la cerámica: la agricultura y la ganadería se plantean como la base de la economía de estos grupos (Berdichewsky 1963, 1964b).

Contemporáneamente, Silva (1964), quien no compartió la visión de Berdichewsky, destacó las diferencias y particularidades de los desarrollos locales aludiendo a su carácter de “desarrollo Formativo” para dar cuenta de las similitudes con otras áreas. Desde esa perspectiva propone también una secuencia cronológica para la costa de Chile Central a partir de una serie de trabajos realizados por él desde la década de 1950, alrededor y al norte de la desembocadura del río Aconcagua. A partir de los datos estratigráficos de algunos sitios y su relación con otros contextos propone una secuencia con dos ocupaciones precerámicas y tres cerámicas.

Las tres ocupaciones cerámicas presentaban, de acuerdo con el autor, características diferentes. La primera,

identificada en el nivel III del sitio Alacranes 1, tenía un contexto muy similar al llamado Precerámico II, pero con la presencia de cerámica burda y pintada de rojo. La segunda ocupación cerámica se presentaba en los sitios Bato 1 y 2, y se caracterizaba por cerámica negro pulida, decoraciones incisas punteadas y entierros flectados con tembetás y ofrendas de “auquéridos”. La tercera ocupación, por su parte, fue identificada en el nivel IV del sitio Alacranes 1, que corresponde a la superficie, y se caracterizaba por una cerámica más compleja, correspondiendo a la tradición cerámica “más evolucionada” del área (Silva 1964:269). Silva estableció vinculaciones de esta ocupación con otros hallazgos en el litoral, desde Concón hasta Llolleo, San Antonio y Cartagena por el sur.

Esta propuesta contiene la primera constatación de variabilidad al interior de este “desarrollo Formativo”. A partir de las descripciones entregadas por Silva se puede identificar a la segunda ocupación con lo que hoy denominamos Bato y a la tercera ocupación con lo que hoy denominamos Llolleo. Hoy sabemos que estos dos complejos son contemporáneos, pero interesa rescatar, de la propuesta de Silva, su observación de una variabilidad dentro de este periodo y su posible diacronía, a través de la observación de la similitud de algunos contextos cerámicos con los contextos acerámicos inmediatamente precedentes.

Esta idea de diferencias temporales en el periodo Alfarero Temprano es retomada tiempo después por Monleón (1979) que planteó la existencia de una etapa alfarera de origen local, anterior a la penetración de rasgos “molloides” a partir de las evidencias de la primera ocupación del sitio ^{ENAP-3}. Así, planteó como hipótesis un periodo Alfarero Temprano con dos fases, la primera de ellas representada por alfarería monocroma, a veces con decoraciones plásticas y con decoración en pintura roja, la cual no presentaría aún influencias Molle, y la segunda correspondiente a esta misma tradición local pero con la

incorporación de modalidades y elementos Molle (y del sur). Lo más interesante de su propuesta, y que lamentablemente no desarrolló, es la utilización del concepto de “coexistencia” como una hipótesis alternativa a la aculturación Molle propuesta por Berdichewsky, respecto a la relación que se habría producido entre los grupos nortinos (Molle o molloides) instalados en un primer momento en la zona costera y los grupos locales, y que permite dar cuenta de la frecuencia variable de rasgos Molles en los contextos de Chile Central (Monleón 1979).

Esta etapa inicial del desarrollo de la investigación en Chile Central es interesante no solo en la medida que sienta las bases del contenido y posterior discusión sobre el periodo Alfarero Temprano, sino porque presenta cierta particularidad. Por una parte se ajusta a los parámetros del paradigma histórico cultural vigente en aquella época, pero a la vez se utilizaron aproximaciones metodológicas novedosas y, a partir de ellas, se generan discusiones que se salen del marco esperado. Así, se observa una investigación centrada en la construcción de secuencias y un énfasis en explicaciones difusionistas para dar cuenta de los cambios, en el marco de las cuales los nuevos avances tecnológicos y objetos son necesariamente introducidos. Por otra parte, la construcción de secuencias se basa en prospecciones regionales en las cuales se identifican y excavan sitios habitacionales (en oposición a la clásica arqueología de cementerios y objetos completos), lo que posibilita e induce a los investigadores tomar en cuenta contextos, asociaciones materiales y secuencias. El resultado de esto es una discusión, aunque siempre dentro del marco histórico cultural, que permite considerar otras posibilidades e introducir otros elementos como la vinculación con desarrollos locales y la variabilidad contextual, ideas embrionarias que poco después serán desarrolladas a la luz de nuevos paradigmas.

Descubriendo la heterogeneidad: la definición de Llolleo y Bato

En forma casi paralela al trabajo de Monleón, Falabella y Planella (1979, 1980, 1982) definieron el *Complejo Llolleo*, cuyos términos conceptuales se mantienen hasta hoy día. Dichas autoras cuestionaron la propuesta del horizonte molloide y, con el expreso objetivo de buscar y definir la existencia de manifestaciones culturales tempranas locales, realizaron un estudio de cuatro sitios arqueológicos ubicados cerca de la desembocadura del río Maipo. A esto se sumó una exhaustiva revisión de todos los antecedentes publicados a la fecha, así como un reconocimiento de las colecciones de piezas cerámicas completas de la zona costera recuperadas por particulares: Llolleo, recuperada por Oyarzún, y la colección Calvo-Larraín procedente del fundo El Peral, ubicadas en el Museo Histórico Nacional y Museo Nacional de Historia Natural, respectivamente.

La definición del complejo cultural Llolleo se realizó principalmente con base en la cerámica, para lo cual se definieron tres tipos: Llolleo Pulido, Llolleo Inciso Reticulado y Llolleo no Pulido. También se describió su patrón de funebria con individuos en posición flectada asociados a los mismos lugares de vivienda, niños depositados en urnas y la presencia de ofrenda cerámica, donde se incluyen los tres tipos definidos, aunque mayoritariamente el tipo Llolleo Pulido. El patrón de asentamiento se caracterizó por privilegiar lugares cercanos a cursos de agua y terrenos irrigables, y a partir del tamaño de los sitios se infirió la existencia de "...agrupaciones menores dispersas pero no aisladas entre sí" (Falabella y Planella 1979:148). La subsistencia se definió como heterogénea, incluyendo la agricultura y animales domesticados, específicamente camélidos. Este último rasgo fue descartado poco tiempo después.

Al mismo tiempo, la revisión de los trabajos realizados por Berdichewsky y Silva en la década de 1950-60 les permitió a dichas autoras identificar un grupo de sitios ubicados a lo largo de la costa desde el Maipo hacia el norte, pero especialmente concentrados al sur y norte de la desembocadura del río Aconcagua, que no mostraban las características planteadas para Lolleo. Por el contrario, se trata de un conjunto de al menos nueve sitios que compartían elementos similares y recurrentes entre sí, como el tembetá, abundante cantidad de puntas de proyectil y los tipos cerámicos cuyas formas de labios, asas y decoraciones diferían de lo observado en los sitios alrededor del Maipo. Así, las autoras concluyeron que

Con las últimas investigaciones arqueológicas el panorama cultural de la zona central de Chile en este periodo se está alejando del concepto de “homogeneidad” antes postulado. Así como a partir de los trabajos en el litoral se ha definido un complejo con características propias como es Lolleo, el análisis profundo y global de las evidencias está permitiendo diferenciar también otras manifestaciones que fueran consideradas como pertenecientes a una sola unidad cultural. (Falabella y Planella 1982:46).

En esta misma línea de argumentación plantearon que las diferencias observadas por Silva en su secuencia corresponderían no a factores cronológicos, sino más bien a “...manifestaciones culturales representativas de áreas geográficas algo distantes entre sí” (Falabella y Planella 1979:141).

Estas manifestaciones diferentes, que no fueron integradas por Falabella y Planella dentro del recién definido Complejo Lolleo, fueron sistematizadas prontamente en el Taller de Arqueología de Chile Central (Santiago, 1984), en la denominada *Tradición Bato* (Planella y Falabella 1987). A

partir de la excavación del sitio Arévalo 2, ubicado paradigmáticamente en las cercanías de la desembocadura del Maipo (localidad de San Antonio) y no del Aconcagua, Planella y Falabella analizaron toda la evidencia disponible en relación con los sitios no integrados en el Complejo Llolleo y aislaron algunos atributos, como el tembetá y algunas decoraciones y rasgos de la cerámica (inciso lineal punteado, hierro oligisto, pintura negativa y mamelones), que aunque presentes en proporciones distintas en ellos, constituían elementos comunes:

Cada sitio es reconocible por un contexto cerámico distintivo. Pero, por sobre esas diferencias que muchas veces se refieren a proporciones diferenciales de rasgos, existen los elementos unificadores mencionados que reflejan alguna forma de relación entre todas las comunidades representadas. (Planella y Falabella 1987:94).

De esta manera, Bato es presentado como un fenómeno caracterizado por la presencia recurrente de ciertos elementos o rasgos, menos “comprensible” que Llolleo, dificultando su asignación a una categoría arqueológica determinada. De ahí su denominación como tradición (y no como complejo cultural), sustentada también por la persistencia de algunos de estos rasgos en aleros cordilleranos datados hacia fines del primer milenio.

Dejan establecido, también, que aparte de las diferencias entre Bato y Llolleo en relación con los contextos cerámicos y adornos, se observa una ocupación más orientada a las quebradas por parte de Bato, asociado a una notoria mayor cantidad de puntas de proyectil, lo que junto a las asociaciones faunísticas donde destacan los otáridos, los diferencia de Llolleo que ocupan preferentemente terrazas aluviales y donde consecuente, aunque

implícitamente, la actividad agrícola tiene mayor importancia.

Ambas entidades tienen, además, una dispersión espacial diferencial con una distribución más septentrional y costera para Bato, y una más meridional en costa y valles interiores para Lolloe (Planella y Falabella 1987). Esta distribución, junto a las características de la materialidad, sirvió de base para plantear vínculos con el Norte Chico (Molle) para Bato y el Centro Sur (Pitrén) para Lolloe.

Este es el momento también en que se realizan los primeros fechados absolutos en contextos del periodo Alfarero Temprano. En los sitios Lolloe de la desembocadura del Maipo los fechados por Carbono 14 (14C) del sitio Santo Domingo 2 lo ubicaron en la primera mitad del primer milenio de nuestra era (140 ± 110 d.C. y 280 ± 130 d.C.) (Falabella y Planella 1980). Los fechados 14C del sitio Arévalo son un poco anteriores (320 ± 120 a.C., 255 ± 80 a.C., 200 ± 90 a.C. y 30 ± 90 a.C.), pero corresponden todos a la ocupación inferior del sitio (Planella y Falabella 1987). Posteriores fechados por técnica de termoluminiscencia (TL) extendieron la ocupación del sitio a los 200 primeros años de nuestra era (Planella *et al.* 1991).

En forma paralela, la excavación de una serie de sitios ubicados en la cuenca de Santiago, Rancagua o precordillera aledaña como Radio Estación Naval (Stehberg 1976), Chacayes (Stehberg 1978), Parque La Quintrala (Thomas y Tudela 1985), Punta Cortés (Santana 1984 en Planella y Falabella 1987), y aleros ubicados en el Cordón de Chacabuco (Pinto y Stehberg 1982), así como nuevos fechados para sitios de la zona costera (Planella *et al.* 1991), permiten enmarcar a este periodo entre 300 años antes de nuestra era y el fin del primer milenio de ella.

A la luz de estos, Planella y Falabella (1987) proponen además que Bato tendría un inicio anterior a Lolloe (hacia el 300 a.C.), siendo su máximo desarrollo hacia el 500 d.C. Solo algunos elementos de este perdurarían en aleros

cordilleranos hasta el 900 d.C. Llolleo, por su parte, se iniciaría hacia el 200 d.C. y se mantendría vigente hasta el 900 d.C., lo que implica una coexistencia temporal de al menos 700 años.

La arqueología realizada en este periodo nace en respuesta al fuerte paradigma histórico-cultural imperante y a sus marcos explicativos. Al alero de nuevas corrientes teóricas, y también de nuevas metodologías (fechados $14C$ y TL), no solo es relevante porque sienta los contenidos y fundamentos de la idea de una diversidad cultural para este periodo, vigente hasta hoy en día, sino porque representa un vuelco importante en el foco de la investigación que también ha perdurado. Si antes Chile Central se discutía en relación a marcos evolutivos y cronológicos amplios (americanos), ahora la atención definitivamente está puesta en lo regional/local. Esto ha significado dejar de lado discusiones sobre procesos históricos que superan la escala regional, de los cuales esta región sin duda formó parte y que aportarían a la comprensión de la secuencia local. Pero, por otra parte, ha significado avances cualitativos y cuantitativos que han permitido develar diferencias contextuales y rescatar el fundamento local de desarrollo de los diversos procesos de cambio ocurridos en Chile Central antes de la llegada del Inca.

Bato y Llolleo: precisando e interpretando las diferencias

A partir de la definición de las unidades culturales, el Complejo Llolleo y la Tradición Bato, los trabajos sobre el periodo Alfarero Temprano en Chile Central se enfocaron en explorar y dar contenido a la diferencia entre ellos, así como en sistematizar las variaciones temporales observadas al interior de este periodo de aproximadamente 1.000 años de duración.

El trabajo de Falabella y Planella (1988-89) marca un hito importante en este sentido pues plantea dos ideas fundamentales. Por una parte se propone que las “tradiciones cerámicas” Bato y Lolloleo constituirían una “consolidación de las tradiciones alfareras regionales”, representadas en una serie de sitios u ocupaciones de sitios con fechados más tempranos y un conjunto alfarero que los diferenciaba de Bato y Lolloleo. Esta temática va a ser luego desarrollada a partir de la propuesta de fases para ambos complejos culturales (Planella *et al.* 1991) y de la existencia de “comunidades iniciales” anteriores a Bato y Lolloleo (Falabella y Stehberg 1989), para finalmente ser sistematizada en lo que hoy conocemos como “comunidades alfareras iniciales” (Sanhueza y Falabella 1999-2000), que reúne a todas las manifestaciones tempranas de alfarería en Chile Central, destacando su diversidad, y entendiéndola como la base sobre la cual hacia el 200 d.C. se desarrollan expresiones culturales diferenciadas (p.ej. Bato y Lolloleo).

Por otra parte, justamente es en el trabajo de Falabella y Planella (1988-89) donde se realiza un análisis comparativo detallado de la alfarería Bato y Lolloleo, específicamente del componente tecnodecorativo de esta, concluyendo que muchos son comunes, pero que se canalizan hacia expresiones concretas diferentes. Es así como las “tradiciones cerámicas” Bato y Lolloleo comparten la cerámica monocroma, los incisos, los modelados fito y zoomorfos, la decoración con pintura roja, hierro oligisto y con técnica negativa, pero estos adquieren expresiones particulares en uno y otro.

En este mismo trabajo se describe, además, a modo de síntesis, el patrón de funebria de ambos grupos, donde existen claras diferencias. Mientras en Lolloleo el ritual funerario involucra la ofrenda de comida en vasijas cerámicas y el entierro de niños en urnas, en Bato los

entierros se encuentran incluidos dentro de los depósitos-basurales, sin ofrenda cerámica.

Del mismo modo, y aunque no era el objetivo central del mencionado artículo, los alcances acerca de la organización social de estos dos grupos son claramente diferentes. De esta forma, para Bato se señala tan solo que

La cantidad relativa de restos humanos rescatados en cada uno de los sitios indica un escaso número de individuos integrando el grupo corresidencial. Esto señalaría que la ocupación de sitios Bato se puede considerar solo en función de unidades familiares o de familias extensas. (Falabella y Planella 1988-89:12).

Mientras tanto, para Llolleo se plantea un modelo de organización social con distintos niveles de cohesión, desde la unidad familiar corresidencial, pasando por la localidad, el valle y la región, estableciéndose que

Las relaciones entre valles diferentes constituyen un grado más suelto y esporádico de interacción pero que fue lo suficientemente periódico como para homogeneizar el uso de elementos culturales en un área más amplia. (Falabella y Planella 1988-89:15).

En el libro Prehistoria (Falabella y Stehberg 1989), la última síntesis de la prehistoria nacional, la diferencia en el nivel interpretativo acerca de estos dos grupos también es evidente. Para Bato se plantea que

La organización social debió estar basada en grupos familiares locales, bastante independientes de las comunidades vecinas, de gran movilidad espacial y sin mayores presiones ambientales. Sus desplazamientos a lo largo de la costa, como desde y hacia el interior por los